

Fecha de recepción: 24 febrero 2013
Fecha de aceptación: 14 junio 2013
Fecha de publicación: 10 febrero 2014
URL: <http://oceanide.netne.net/articulos/art6-14.php>
Oceánide número 6, ISSN 1989-6328

La personificación del Cosmos y el hechizo de las brujas en el relato del “Hijo de la luna”

D. Manuel COUSILLAS RODRÍGUEZ
(I.E.S. Salvador de Madariaga, A Coruña, Spain)

RESUMEN:

El presente artículo profundiza en los rasgos antropológicos y mitológicos del relato popularizado por el grupo musical español Mecano “Hijo de la luna”. Nuestro interés radica en la interpretación de la luna como astro al que se le confieren rasgos antropomórficos, común a los relatos populares del noroeste peninsular español. Le sigue al artículo una reinterpretación folclórica de la conocida leyenda.

Palabras clave: luna, mito, antropomórfico, Mecano

ABSTRACT:

This current study focuses on the anthropological and mythological features on the popular tale featured on Spanish band Mecano “Hijo de la luna”. Our interest is based on the performance of the moon as an antropomorphic entity, a common feature in popular story telling on the Northwest Spanish peninsulae. This article is followed by an folk interpretation of the wellknown legend.

Key words: moon, myth, antropomorphic, Mecano

El cuento popular es el eco de la voz de un mundo pasado que el narrador pretende volver a construir. La esencia del cuento es contar, por eso la fluidez es frecuente en estos relatos populares. La literatura popular habitualmente incorpora elementos del lugar donde el narrador un paisaje, algunos rasgos o acentos locales con la finalidad de presentar lo relatado como algo próximo y verídico.

El cuento requiere indudablemente rasgos realistas, por ello el realismo se refleja en un porcentaje elevado de sustantivos concretos, frecuentemente determinados. El diminutivo le da un cierto aire de familiaridad y verismo. Casi siempre los hechos narrados son elementos de un tiempo no vinculado a fechas históricas que nos han acompañado desde la noche de los tiempos

Los relatos populares son mensajeros de conductas, y que los pueblos en que nacen y los difunden intenta establecer a través de ellos un sistema de valores y como dice Antonio de Trueba (1959: 48): “encierran tesoros de ingenio de gracia, de filosofía, de sentimiento, y de revelación de espíritu, y de las costumbres de las generaciones que precedieron a la nuestra”. Sin estos componentes estos relatos no se transmitirían de generación en generación.

Conviene distinguir entre la idea de la opinión del pueblo y las acusaciones de brujería, es decir, de ser asistente del demonio. Tiempos atrás se creía que las meigas eran seres reales con fuerzas prodigiosas. También lo pensaban personas cultas, lo aceptaban porque la herencia espiritual y algunas normas de ciertas naciones así lo habían ordenado.

Una meiga chirriaba a personas con hechizos y pócimas, idénticamente asesinaba con un hechizo o con un mal de ojo. Desde siempre se ha juzgado que dicha fuerza provenía del diablo en permuta de un sometimiento y vasallaje absoluto.

En general, las brujas confiaban en rituales mágicos, aliviaban con conjuros y brebajes, presagiaban el porvenir, realizaban y alejaban encantos, practicaban abortos, tenían conocimientos saludables transmitidos a través de los siglos, especialmente de hierbas y ejerciendo de parteras. Los hechizos, los amuletos, y los rezos eran también destrezas frecuentes.

Con la finalidad de que las hierbas tuvieran eficacia era conveniente rezar tres padrenuestros y dos Avemarias. Ciertas mujeres en ocasiones fueron consideradas brujas porque se pensaba que poseían poderes. La Iglesia aunque con frecuencia desaprobaba la hechicería en los usos populares, lo agregaba con asiduidad en sus ceremonias algunos sacerdotes. Asimismo ejercían la magia, ya que pensaban ser capaces de arrojar a los espíritus malignos de los recintos sagrados rociando agua bendita y repicando las campanas.

El afán de personificar la naturaleza y a todo lo que en ella mora conlleva incluso que los barcos estén personificados por medio de reproducciones en tallas de madera que cuelgan de la bóveda de la iglesia de Corme, como unos feligreses más, confiando los cielos y a la Virgen marinera su destino, enderezando sus pruebas hacia los diversos altares para que se les conceda una buena travesía a través de los caprichosos mares, sabedores de su dependencia del ambiente cósmico.

Usando un símil marinero diríamos que el naufrago es más importante que la mar porque como dice Antonio Gala (1985: 17): “el náufrago sabe que se muere y sin embargo la mar no sabe que no mata”.

En la Costa da Morte consideran a la naturaleza pétrea y al mar como una especie de talismán con propiedades curativas y poderes cosmotelúricos, así como un antídoto contra la esterilidad, ya en el siglo XVIII el padre Sarmiento (1975: 79) critica este fervor popular cuando hace referencia a la ermita de San Guillermo en Fisterra, hoy en ruinas.

Incluso el mar era propenso para la fecundidad, especialmente la noche mágica de San Juan, la noche más corta pero la más telúrica en la que los elementos tierra, fuego, y agua, son los auténticos portadores de lo fantástico y maravilloso.

La literatura oral de la Costa da Morte se debe introducir dentro de lo fantástico-maravilloso pues en ella está presente lo sobrenatural, lo prodigioso. Es fantástica porque refleja una ruptura de la cohesión del cosmos quiebra originada por la irrupción inusual de lo extraordinario y los humanos del mundo real. Es maravilloso por el quebrantamiento y transgresión del orden natural. Es aceptado por los habitantes de esta zona ya que para ellos lo extraordinario y sobrenatural convive armoniosamente con la realidad cotidiana.

Es congénita al relato popular la parca caracterización de los personajes, únicamente los rasgos imprescindibles para su presentación. El narrador usa preferentemente el imperfecto en tercera persona, que implica conocimiento de la conducta de los personajes, le confiere sencillez y llaneza dándole una perspectiva temporal, parca en descripciones, y las acciones de situarse en lugares cercanos a su entorno y fácilmente reconocibles.

Es bien notorio que ciertos enclaves corrientes por medio del folklore se convierten en parajes míticos. En estos enclaves que llaman mágicos se desarrolla el relato donde la imaginación popular haya el escenario y el entorno que se transforman en espacios fantásticos e inaprensibles, incluso poéticos.

Los lindes entre ficción y realidad son engañosos, no hay unos límites claros entre los elementos distintos como no suele haber alternancia entre ambos sino interacción. Por ello es importante

para el investigador discernir entre lo verosímil literario y lo verdadero histórico. Es decir, diferenciando en lo posible la representación del imaginario y de lo real vivido. Todavía en ciertos pueblos del litoral gallego se piensa que ciertas piezas de la naturaleza marmórea y de color blanco o rosáceo tienen poderes mágicos y que colocadas en el lastre de una embarcación pesquera les trae buena suerte para la pesca.

La naturaleza, por medio del paisaje, se personifica, y el paisaje cobra vida, adopta semas humanizantes. Se comporta como un ser vivo y poderoso que protege o atormenta al hombre, de ahí su relación mutua. Encontramos muchas narraciones que versan sobre las "mouras". Según la tradición, los caminos que conducen a tesoros ocultos conllevan la superación de prodigiosas pruebas y donde en el fondo subyace la oportunidad del pescador o campesino de alcanzar de forma rápida la fortuna. Las meigas gallegas conocen hierbas y remedios además de profetizar el porvenir. En general, no suele estar en un estado social distinto de los vecinos, posee un don que ella misma ha recibido y transmitirá.

Es la literatura de tradición oral dónde está ya todo mundo legendario incorporándose lo cotidiano en momentos determinados que son en ocasiones cíclicos. Es decir, en una época fuera del tiempo que se repiten periódicamente como la prodigiosa noche de San Juan. Es la noche de San Juan, solsticio estival, donde la imaginación da rienda suelta a leyendas y cuentos fantásticos, y la naturaleza se personifica adquiriendo propiedades benéficas, afloran por doquier brujas y espíritus malignos, el rocío cura enfermedades, y el fuego destructor de hechizos se convierte en sustancia purificadora.

Posiblemente de todos los ritos asociados a esta noche mágica el saltar la hoguera es el que más ha perdurado. La hoguera solsticial, según la tradición, da buena suerte y detiene las enfermedades, el mal de ojo, y a las brujas. En algunos pueblos de la Costa da Morte, cuentan los más viejos que en esta noche telúrica las meigas se apoderan de embarcaciones y van navegando hasta los faros promontorios marinos para pasar allí la noche de San Juan, comiendo, bailando, y cantando, se bañan a las doce en punto y después celebran un conciliábulo de carácter siniestro para sus vecinos, planificando qué mal podrían causarles; por ello en esta fecha mágica los pescadores lavan en un palo mayor de sus naves tres cardos para que los protejan de las brujas.

Asimismo, se cree que el roble tiene cierto poder para repeler el rayo; se dice de él cuando es herido por éste, lo entierra en sus entrañas. Por ello, los antiguos santuarios solían emplazarse donde existían robles. Igualmente, se cree que cura el reuma y el mal de ojo. También, los marinos supersticiosos preferían, cuando los barcos eran de madera, una embarcación de roble porque creían que los protegía de los naufragios. Incluso dicen que nunca se debe romper juramento efectuado junto al tronco

de este árbol, su incumplimiento acarreará desgracias.

Los cuentos desde un enfoque pragmático han sido siempre un factor importante de cohesión de la comunidad en la que se asentaban. Tres son los rasgos que destacaría. En primer lugar, los elementos fantásticos maravillosos servían para un cierto control social, especialmente religioso. En segundo lugar, a través de estos relatos se acumula información, con intencionalidad comunicativa que la comunidad presuponía verdadera, que aceptaba y compartía. En tercer lugar, se transmitía de generación en generación como modelo de conducta

Cuarto Menguante

No recuerdo con certeza el año, pero sí que era una tarde de Junio, los días eran largos, interminables, y como todos los veranos, las caravanas de unos comediantes de raza gitana arribaban a mi pueblo y acampaban en la plaza principal, interrumpiendo por unos días la monotonía pueblerina.

Al atardecer las mujeres preparaban pequeñas hogueras para cocinar. El fuego iluminaba sus rostros curtidos por el sol, adornados con sus collares y pendientes que brillaban como luciérnagas al anochecer y ataviadas con largos y vistosos vestidos cubrían sus piernas. Los hombres entretanto preparaban al aire libre el pequeño y rudimentario escenario para la representación.

Todo el pueblo esperaba con ansiedad año tras año, como si un ritual se tratará la llegada de las caravanas. Los chiquillos corrían de un lado a otro chillando y riendo como tenían por costumbre para cualquier cosa fuera de lo corriente y formaba corros para poder ver y escuchar al loro. Los mozos hablaban con el malabarista que, a su vez, era mago, intentando averiguar sus mañas y trucos, observando a cierta distancia la chistera aparcada en un rincón del escenario, como queriendo comprobar si en su interior había, conejos, palomas, o serpientes. Las chicas buscan ansiosamente a la hechicera y, mirándola con timidez le pedían que les echase la buenaventura. Entretanto el trompetista recorría las calles del pueblo anunciando con sus baladas el acontecimiento. De vez en cuando se detenía y pregonaba con voz sonora la hora a que comenzaba la función e invitaba a todos a acudir a la representación que según decía, contaba con artistas de talla internacional. Después de tantos años me resultaba familiar. Todo tenía un aspecto muy sencillo, tal vez cándido, y me recordaba el ambiente festivo que precedía a las fiestas patronales.

Sabía de antemano que horas antes del comienzo del espectáculo, a través de calles estrechas y vericuetos, llegaban a la plaza gentes en oleadas que aguardaban sentadas, en los asientos que habían traído de sus casas, mirando expectantes hacia el palco; los más charlando, los menos en un inquieto silencio mientras los niños corretean una y otra vez de un extremo al otro.

- Llegaron los gitanos - comenta mi madre.
- Sí, son constantes - le contesto.
- ¿Sabes por qué unas veces es luna llena y otra cuarto menguante? - me pregunta.
- Dice el maestro que es debido a la rotación de la Tierra - le respondo

Posiblemente, los fenómenos extraños requieren una explicación mágica. Tu abuela cuando yo era niña, me contaba historia que había oído sobre unos gitanos y afirmaba que tenía tanto de cierto como de lastimoso. Y como me lo contó, así te lo cuento:

Hace mucho tiempo, sucedió en Corme, como podría haber sucedido en cualquier otro pueblo, en la noche de San Juan, María, una hermosa joven gitana, se dirige al cabo Roncudo, enclave mágico. Aquí las meigas según cuentan los más viejos, realizaban extraños rituales en un enorme círculo de arena, circundado por nueve pinos, en cuyo centro se erguía un altar de piedra, donde depositaban las ofrendas.

María estaba compungida porque sus padres le habían asignado por esposo a Pedro, hombre tosco, brusco e impetuoso, que no era de su agrado. Ella sólo amaba a Fernando. Su instinto femenino le decía que su vida corría peligro. Y, andando camino del promontorio, miraba al suelo y al mar que parecía de plata en lontananza. Frente al altar enciende una pequeña hoguera en esta noche mágica y arrodillada, conjura a la luna llena, que siempre estaba redonda como un plato, con estas palabras:

Por este fuego purificador, por este lugar lleno de embrujo que me sostiene, ayúdame - le suplica.
- ¿Qué quieres? - le pregunta la Luna.
- ¡Oh, señora de la noche! Tú que todo lo puedes, concederme el don de desposarme con Fernando - responde la gitana.
- Tendrás por esposo al hombre que amas; pero, a cambio quiero para mí el primer hijo que engendres con él - le dice con voz dulce, pero firme, el plateado astro.

Un frío salino, como una bocanada, hiela la cara de María; sorprendida, pensativa y con el rostro turbado, pasando de los suspiros a los lamentos y con voz quejosa, le dice:

- ¿Por qué quiere ser madre, sin antes encontrar un cariño que te haga mujer?
- Es para no estar sola, aunque poco pienso querer al niño - le respondió la luna con sonrisa irónica.

Viéndose entre la espada y la pared, María, que buscaba en vano razones convincentes, no encontrando respuestas lógicas, aunque con dudas que le sacuden las entrañas, acepta el pacto

Tiempo después se casa, según el rito gitano, con Fernando, joven alto, delgado, de piel morena, cuello oscuro, y ojos negros como el carbón. Pasaron los meses y María había olvidado su promesa a la caprichosa luna o, posiblemente,

huía de ese ingrato recuerdo como el diablo del agua bendita. Antes del aniversario de boda, María da a luz a un hermoso niño, de piel blanquecina como las arenas de la playa, cabello rubio, y ojos grises como la plata. Entonces, al verlo recordó, aunque casi desvanecido en su memoria, su pacto con el exigente astro. Entre sollozos y lamentos toma lenta, muy lentamente, la decisión de no cumplir su palabra.

Era más de media noche. Se adentra en los pinares; el viento dormía y el silencio era estremecedor. El cielo estaba despejado. Mirando a la luna le dice:

- No puedo entregarte a mi hijo, que nació de un amor entrañable.
- Si no cumples tu parte del trato, graves acontecimientos acaecerán en tu casa - responde el astro con mirada de reproche en su semblante plateado.

Maniatada por el miedo, cuando llega su marido a casa, le dice al alba le enseñará el niño; ahora duerme, y no es conveniente despertarlo.

Fernando no es capaz de conciliar el sueño y decide dar un paseo por el monte. Reinaba un profundo silencio, sólo se oía de lejos el bramido del mar. La claridad de la noche iluminada la bahía. De repente, se levanta una ligera brisa marina y se escuchan unos extraños susurros en la lejanía. Era la luna que tomando forma de mujer y con voz amable pero recia, le llamaba. Paulatinamente Fernando se adentra en el monte y, de pronto, ve a una joven, toda vestida de gris, que le dice:

- El niño que tu esposa dio a luz ayer no es hijo tuyo.

El hombre, turbado y furibundo, se encamina a su casa. Entra como un relámpago en la habitación y, sin dilación, coge el niño en sus brazos. El gitano al ver la cara del recién nacido, maldijo su estampa, y gritando exclama:

- ¡Maldita seas María! este hijo no es mío, es de un payo.

Los labios le temblaban. Sus ojos destilan rabia e ira; su mirada era de reproche y en su rostro se divisaba una expresión de estupor y desesperación.

Sin mediar palabra, tres veces la intenta matar y otras tantas se detiene sin valor suficiente para hacerlo. Espera que ella le hable; pero ella, asustada y atemorizada, no dice nada. Lo que no le puede perdonar, lo que arrastra al crimen, es que, en lugar de confesar su engaño, calle; pero al fin, de pronto, mirándola furiosamente y abalanzándose sobre ella, La asesta dos cuchilladas y de muerte de hiere.

Se adentra en el pinar con el niño en brazos. Subió al promontorio de Roncudo y allí lo abandonó a su suerte, en el mismo lugar en que María había hecho el conjuro. El desasistido niño no dejaba de llorar. La luna se posa en la cresta de una

ola, se desliza hacia el cabo, y lentamente va menguando tomando la forma combada de una cuna. De repente, lo recoge, lo acuesta, y el niño cesa de llorar.

A raíz de esto, según cuentan, es luna llena cuando el niño está despierto y cuarto menguante cuando duerme.

Mi madre, al terminar el cuento, permanecía unos segundos en silencio, con una mirada lejana y las manos cruzadas, como buscando su memoria otros relatos. Relatos a los que en honor a la verdad daba dimensiones insospechadas. Unas narraciones me entretenía y otras me adoctrinaban, mientras comía un bocadillo o tomaba una taza de café con leche. Todavía hoy, cuando contemplo la luna, siento una extraña tristeza porque despierta en mí muchos recuerdos buenos que anidan en mi memoria y me devuelven a la infancia.

En fin, creo que es interesante desde un punto de vista pragmático, destacar la dualidad moral que se vislumbra a través de muchos cuentos. El bien está encarnado por el pescador, marinero, campesino... y el mal lo personifican el demonio, las meigas, espíritus malignos. Esta dualidad ya está presente en los cancioneros galaico-portugueses. Estaríamos en lo que Bajtín llama intertextualidad.

El cuento es, en cierto modo, como la ética, portador de imágenes, comportamientos y deseos, que los pueblos donde brotan y se transmiten indudablemente aprueban, viene a ser la manifestación de un comportamiento ideológico-colectivo. Es decir, conlleva un sistema de valores. Por ello desempeñan un rol decisivo de comportamiento en la sociedad y tiene una función catártica. El oyente se va familiarizando con la forma en que los protagonistas reaccionan ante el éxito, o el fracaso, y les encamina a observar reacciones paralelas. El protagonista, en general, se convierte en transmisor de valores culturales y colectivos, resultando modelo y paradigma para el sujeto receptor, al tiempo que le revela que nadie es dueño de su destino.

Por medio del cuento, la palabra envuelve el mundo de la literatura popular, como un barco navega a través del cosmos, buscando el océano del tiempo, los territorios enigmáticos de su pasado, y así el pueblo sumergido asimismo en el tiempo y en el lenguaje, al hablar nos cuenta a su manera la interpretación que del universo tenían sus antepasados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DE TRUEBA, A. (1959). *Cuentos y cantares*. Madrid: Aguilar.
GALA, A. (1985). *Paisaje con figuras*. Madrid: Astral.
SARMIENTO, M. (1990). *Viaje a Galicia de 1745*. Salamanca: U. Salamanca.